



MISIÓN PERMANENTE DE LA REPÚBLICA DOMINICANA
ANTE LAS NACIONES UNIDAS

INTERVENCIÓN DEL SECRETARIO DE ESTADO DE RELACIONES
EXTERIORES, ING. CARLOS MORALES TRONCOSO, EN EL DEBATE
GENERAL DE LA 60^a ASAMBLEA GENERAL DE LAS NACIONES
UNIDAS

Nueva York, 21 de septiembre, 2005

*144 East 44th Street, 4 Fl.
New York, NY 10017
(212)867-0833, Fax: (212)986-4694*

Permítanme unir mi voz a la de aquellos que han expresado sus más cálidas congratulaciones al Embajador Ian Eliasson, de Suecia, por su elección como presidente de esta histórica sexagésima Asamblea General, y decir que la República Dominicana abraza la confianza de que la conducirá en forma eficaz y fructífera. Expreso, también, mi reconocimiento al Secretario General Koffi Annan, por sus valiosísimas contribuciones al fortalecimiento de las Naciones Unidas como institución.

Igualmente, quiero felicitar a Su Excelencia Jean Ping, de Gabón, y reconocer la notable labor que cumplió en la dirección de la pasada asamblea general.

Esta sexagésima asamblea general deberá pasar a la historia como uno de los más trascendentales periodos de sesiones de las Naciones Unidas.

Ahí están para evidenciarlo dos temas sobresalientes de su agenda. Primero, la rendición de cuentas sobre el estado en que se encuentra el cumplimiento de los Objetivos de Desarrollo del Milenio y la renovación del compromiso para alcanzarlos. Segundo, el establecimiento del rumbo que debe seguir *la* reforma de esta organización para adaptarse a los retadores problemas del presente y garantizar la efectividad de sus acciones para preservar el desarrollo, la libertad y la paz de todos los pueblos del mundo.

Para naciones como la que represento, la ambiciosa agenda que significa cumplir de aquí al año 2015 con los Objetivos de Desarrollo del Milenio, ha venido a convertirse en el programa clave del gobierno.

¿Qué puede ser más crucial para las pequeñas naciones subdesarrolladas, con escasez de recursos naturales, que sacar a sus pueblos del abismo social y económico de la pobreza, de la falta de educación, de la insalubridad y de la falta de empleos productivos?

No hay — por lo menos no la hay en la República Dominicana — una acción política de mayor emergencia que esa.

Pero eliminar la pobreza en el mundo es una tarea descomunal, una tarea que requiere un compromiso político indeclinable, una colectiva participación de todas las sociedades y un irrestricto apoyo económico de las naciones más desarrolladas.

Las desgarradoras realidades del presente, moralmente inaceptables para un mundo centrado en el ser humano, han demostrado que fue equivocada la política de suma cero practicada en el pasado, cuando las grandes potencias se dedicaron a enriquecerse explotando las riquezas de las naciones más pobres y más débiles.

La pobreza generalizada no es buena para las naciones pobres, ni es buena para las naciones ricas. La pobreza conduce a la desesperación, a la violencia y al caos. La desesperación, la violencia y el caos producen inaguantables tensiones sociales y políticas, y provocan la erupción de conflictos que terminan derrumbando los Estados. Cuando un Estado se derrumba, los conflictos que hierven en su interior se desparraman. Se desparraman en forma de conflictos regionales. O se desparraman en interminables o imparables oleadas migratorias.

En el mundo de nuestros días, el derrumbe de los Estados viene a parar a las Naciones Unidas, y a exigir de ella atención y cura.

Es siguiendo atentamente los hilos *de esa* realidad que adquiere a nuestros ojos una importancia capital el cumplimiento de los Objetivos de Desarrollo del Milenio.

Pero permítanme que haga ahora un énfasis.

Alarma que el año *en* que los Objetivos de Desarrollo del Milenio deben cumplirse, el 2015, ya se pronostica que puede también ser el año en que comience peligrosamente a declinar la producción de petróleo, precisamente el combustible sobre cuyo uso ha descansado el espectacular desarrollo que ha conocido el mundo en los últimos 100 años.

Para predecir el futuro, sólo hay que dar una mirada atenta al presente.

Todos los gobiernos del mundo ya están enfrentando los trastornos de los altos precios del petróleo, y todos están conscientes de que a diferencia del shock petrolero de los años setentas, la reducción en los flujos de ese combustible ahora puede tener un carácter más permanente.

Hago ese énfasis, porque nuestras naciones están corriendo el riesgo de tener que enfrentarse, en todos los frentes, a dificultades que se multiplican sin parar.

Y es *perturbador que esto ocurra exactamente* en el momento en el que *están* haciendo esfuerzos descomunales por superar las limitaciones que les impiden aprovechar las oportunidades que se le presentan para garantizar a sus pueblos una vida digna, libre y segura.

La crisis mundial que se prevé puede causar una continua reducción de la producción de petróleo, y su inmediata consecuencia, el alza de precios, tendría efectos catastróficos que no debemos ignorar.

Hace tiempo que sabíamos que el petróleo no era eterno.

Estamos en tiempo oportuno para que desde el seno de esta organización se lance una iniciativa, de mucho mayor aliento que la agenda de los Objetivos de Desarrollo del Milenio, para trazar una carta de *ruta* que conduzca a las naciones miembros a una *civilización* sin petróleo.

Señor Presidente:

Mi país, la República Dominicana, comparte el territorio de la pequeña isla caribeña de la Hispaniola con Haití. En *esa* virtud, no es ocioso que diga que históricamente los problemas de un lado de la frontera han tendido a convertirse, también, en problemas del otro lado.

Y Haití, con 200 años de historia independiente, es hoy una nación fracturada. En medio de insuperables dificultades económicas y todo tipo de carencias sociales, los conflictos políticos internos invalidaron sus instituciones, y su Estado colapsó.

Un régimen de transición, sin recursos suficientes para operar válidamente, se esfuerza por rearmar lo desarmado con el apoyo de una Misión de Estabilización de las Naciones Unidas, mientras la comunidad internacional pone sus esperanzas en restablecer la legitimidad de la autoridad política mediante un proceso electoral.

Hemos escuchado muchas voces que creen que no debió darse prioridad al proceso electoral en Haití, sino a las atenciones humanitarias y a la creación de empleos, mediante un programa masivo de construcción de infraestructuras, como carreteras, acueductos, escuelas, hospitales y plantas de generación eléctrica.

Pero la experiencia mundial en el proceso de reconstruir Estados colapsados apunta a la necesidad prioritaria de legitimar un nuevo liderazgo político a través de un proceso electoral, aún sabiendo que en esos casos nunca se logra crear un marco ideal para la celebración de elecciones.

Por eso, en nombre del Presidente de mi país, el doctor Leonel Fernández, me permito proponer que la Misión de Estabilización de las Naciones Unidas en Haití propicie, con el apoyo del gobierno de transición y de la comunidad internacional, un amplio proceso de diálogo nacional que concluya en un *acuerdo* general *entre las* fuerzas políticas y los sectores organizados de la sociedad *civil* haitiana.

Ese acuerdo garantizaría la reconciliación nacional y contendría las *bases para* un plan de reconstrucción del país, que contaría con el compromiso de todo el liderazgo haitiano.

Todos los líderes políticos y de la sociedad civil de Haití tienen roles importantes que jugar en la reconstrucción institucional de su país, y a todos hay que reclamarles que los cumplan.

No debemos cerrar los ojos al hecho de que el pueblo haitiano ha estado viviendo en los últimos años entre la inseguridad y el miedo, entre la pobreza y la desesperanza. Para levantarse, necesita que se le rodee de una atmósfera de confianza en el proceso de paz, de reconciliación y de reconstitución de las instituciones de su Estado.

Adicionalmente, el Presidente Fernández propone que para dar una mayor credibilidad al proceso electoral y a sus resultados, la Misión de Estabilización de las Naciones Unidas invite a distinguidos líderes mundiales para que estén presentes en Haití el día de las elecciones.

Entre esos estadistas, la República Dominicana se permite sugerir los nombres de los Presidentes Vicente Fox, de México; Luiz Inacio Lula da Silva, de Brasil; y los ex Presidentes norteamericanos Jimmy Carter y Bill Clinton, y el legendario ex Presidente de Sudáfrica, Nelson Mandela.

Las elecciones son el primer gran paso político para ayudar a Haití a colocarse de nuevo sobre sus pies. No nos hacemos ilusiones de que ellas, por sí solas, vayan a garantizar la seguridad, o representen en lo inmediato el imperio de la democracia, o produzcan de la noche a la mañana una mejoría en las condiciones de vida de los haitianos.

Por experiencia propia, los dominicanos sabemos que el camino hacia la democracia será largo, como ha sido para las naciones que hoy conducen sus destinos en el marco de la institucionalidad democrática. Y el camino hacia el desarrollo será todavía más extenso, pero más seguro, si se reducen las tensiones, si se vea un clima de cooperación, y si las naciones y las instituciones donantes de Haití cumplen fiel y oportunamente con sus generosas promesas de apoyo financiero.

Señor Presidente:

Hablando de paz, de seguridad y de diálogo, queremos comentar dos temas importantes de la agenda política internacional.

En primer lugar, el avance alcanzado en el proceso de paz entre Israel y la Autoridad Nacional Palestina. La República Dominicana reitera su esperanza y su confianza en que ambas partes pondrán el bienestar de sus ciudadanos y la convivencia pacífica por encima de cualquier aspiración política particular, y se comprometan en un proceso de paz duradera.

En segundo lugar, queremos referirnos a la situación prevaleciente a ambos lados del Estrecho de Taiwán. La República Dominicana aboga porque el diálogo prevalezca sobre la confrontación, a

fin de alcanzar la estabilidad que requieren ambos pueblos para desarrollar sus potencialidades económicas, políticas, sociales y espirituales.

Señor Presidente:

Los recientes desastres naturales ocurridos en Asia y en los Estados Unidos de América nos obligan a pensar en la vulnerabilidad de las naciones frente a ese tipo de fenómenos y en los potencialmente peligrosos cambios provocados por el hombre en el equilibrio de la naturaleza.

La comunidad internacional debe renovar su compromiso con los mecanismos y con los planes de acción que ya existen para enfrentar esos cambios y para prevenir, en la medida en que sea posible, las pérdidas de vidas humanas.

Señor Presidente:

Vivimos en un mundo interdependiente y global, en el que ninguna nación puede prevalecer por sí sola. Pero es un mundo con desigualdades demasiado pronunciadas como lo evidencia la aterradora estadística de que la mitad de su población vive en la pobreza.

No hay tiempo que perder.

Dediquémonos hoy, como si fuera nuestra última oportunidad, a producir los consensos y a diseñar las acciones para convertir el desarrollo sostenible en un logro colectivo, para garantizar la seguridad mundial y para transitar juntos el camino de la paz.

Muchas gracias.